

***REFLEXIONES
Y ESCRITOS
DE JORGE E.
TRASLOSHEROS.***



2016-2017

LA REBELIÓN DE LOS CRISTIANOS

Escrito por Jorge E. Traslosheros.

¿Por qué tanta saña contra los cristianos? La clave está en la radical opción de éstos por la justicia, la vida, la libertad de conciencia y de religión.

Diversos reportes internacionales coinciden en señalar a los cristianos como las personas más perseguidas del mundo, ya sea de manera abierta o mediante el acoso, la intolerancia y la discriminación. En otras palabras, sufren persecuciones violentas y de baja intensidad.

Es creencia común que las persecuciones religiosas de baja intensidad son menos nocivas que las abiertas, porque no hay muertos. De este modo, quienes las orquestan se justifican y, malamente, cuantos las sufren suelen conceder. Sin embargo, Jesús de Nazaret opinaba de manera muy diferente. El Nazareno pidió a sus seguidores que no se preocuparan tanto por quienes pueden matar el cuerpo, como de aquellos que matan el espíritu. Tenía razón.

Las persecuciones de baja intensidad se caracterizan por dar muerte lenta al espíritu mediante el acoso cultural y jurídico, hasta incapacitar a las personas para el ejercicio de su libertad. Lo cierto es que, como señala el recién publicado reporte de Ayuda a la Iglesia Necesitada (AIN), entre ambas formas de persecución no hay fronteras. El acoso, la intolerancia, la discriminación y la violencia son partes de una sola correa de transmisión. Y en esto, los políticos occidentales son expertos.

Los ejemplos de persecuciones de baja intensidad en Occidente podrían multiplicarse, pero basten dos botones de muestra. Estados Unidos, hasta hace poco, era considerado el paraíso de la libertad religiosa; pero no más. Un ejemplo. En ese país los cristianos, católicos y protestantes, han desarrollado una importante red hospitalaria, la cual ejerce un contrapeso significativo a la voracidad de la industria médica, porque su labor tiene un enfoque basado en la caridad. Conjuntan su alta calidad profesional, con su capacidad de dar acceso a la salud a innumerables personas y familias que, de otro modo, estarían perdidas. Por lo anterior, llama la atención que, en California, estén por aprobar una ley que obligaría a estos hospitales a practicar abortos a libre demanda, sin cabida alguna a la objeción de conciencia. De negarse, tendrían que cerrar sus puertas.

Otro ejemplo. El famoso Obamacare obliga a los empleadores a colaborar directamente con la práctica del aborto a través de las pólizas de seguros. El caso de las Pequeñas Hermanas de los Pobres es muy interesante, pues se trata de una congregación religiosa dedicada a cuidar enfermos graves y ancianos en sus propias casas. El gobierno de Obama las amenazó con cientos de miles de dólares de multas si no aceptaban colaborar. Ningún llamado a la razón surtió efecto y el desenlace sigue pendiente en tribunales. La lucha de los cristianos en defensa de su libertad de conciencia y religión nos recuerda a David y Goliat.

¿Por qué tanta saña contra los cristianos? La clave está en la radical opción de éstos por la justicia, la vida, la libertad de conciencia y de religión. En los dos ejemplos anteriores, están en juego las políticas públicas que promueven el aborto, la eugenesia y la eutanasia. Estas religiosas y hospitales demuestran que no existen vidas “que no merezcan ser vividas”, porque la misericordia es amiga de la competencia profesional, de la inteligencia y de las personas.

Es muy claro. Estas persecuciones tienen su origen en la rebelión de los cristianos contra la cultura del descarte y el chantaje ideológico de la dictadura del relativismo.

Esta rebelión, de dimensiones internacionales, tiene un programa muy bien diseñado, el cual consta de catorce líneas de acción, las cuales han demostrado gran capacidad para transformar a las personas y las culturas en clave de bondad. No requieren de gran infraestructura pues lo mismo se implantan y desarrollan en las pequeñas comunidades, como las familias, hasta en las grandes políticas públicas. Fueron anunciadas, de palabra y obra, por el mismo Jesús de Nazaret (Mateo: 5, 11 y 25). Estas son: visitar a los enfermos, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, dar posada al peregrino, vestir al desnudo, visitar a los presos, enterrar a los difuntos, enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, corregir al que se equivoca, perdonar al que nos ofende, consolar al triste, sufrir con paciencia los defectos del prójimo y rezar a Dios por vivos y difuntos.

Quienes orquestan las persecuciones de baja intensidad quieren evitar que los cristianos sean cristianos. Pero eso también lo previó Jesús y articuló una estrategia de resistencia y contraataque a la opresión que ha mostrado ser imbatible a lo largo de la historia. Seguiremos.

<http://voxfides.mx/columnas/2277-cristianos-perseguidos-resistencia-y-contraataque>

CRISTIANOS PERSEGUIDOS: RESISTENCIA Y CONTRAATAQUE

Escrito por Jorge E. Traslosheros.

La persecución en Occidente contra los cristianos nada tiene que ver con asuntos ideológicos, sino por su rebelión contra la cultura del descarte.

La persecución en Occidente contra los cristianos nada tiene que ver con asuntos ideológicos o partidistas. Los motivos, como hemos reflexionado, hay que buscarlos en su rebelión contra la cultura del descarte, con su decidida defensa de la vida, la libertad y la justicia en clave de misericordia, desde la fecundación hasta la muerte natural, incluyendo las más diversas situaciones entre esos dos momentos.

Las persecuciones nada tienen de nuevo. Empezaron durante la vida de Jesús cuando al acoso de fariseos y maestros de la ley, le siguió la traición y la crucifixión. Su resurrección sólo provocó que sus perseguidores cargaran contra sus discípulos y así hasta nuestros días.

Diversos tiranos, tiranuelos y gobernantes de diversos linajes han tratado de contener y destruir a la Iglesia, a través de los más diversos medios. Nerón, Napoleón, Hitler, Calles y Stalin pensaron que el asunto era cosa de números. A más muertos, menos cristianos; pero fallaron.

Los actuales persecutores en Occidente son de otro linaje, pertenecen, digamos, a la estirpe de Constantino y Juliano II. Veamos.

En el siglo IV se celebró el primer gran concilio ecuménico de la Iglesia en la ciudad de Nicea (325 d.C.). Era menester aclarar la fe de los apóstoles, ante la confusión generada por Arrio. Según este presbítero de Alejandría y sus seguidores, Jesús no era el hijo de Dios, consustancial al Padre; acaso el ser más importante de la creación; pero nunca Dios. El Concilio dejó clara la doctrina apostólica sobre Cristo en la fórmula que hoy seguimos rezando en el credo cada domingo. El emperador Constantino, contra lo que se cree, decantó su preferencia por los arrianos porque ellos sí estaban dispuestos a negociar principios a cambio de apoyos políticos y protección. El resultado fue la primera persecución de baja intensidad en la historia que derivó, como siempre, en posteriores y muy violentas medidas contra los cristianos. Como podemos observar, esos políticos e ideólogos de hoy que se dicen católicos devotos, pero que combaten contra las enseñanzas de la Iglesia, incluido la idea misma de Cristo, nada tienen de originales. Acaso pasan por arrianos trasnochados.

Poco tiempo después, el Emperador Juliano II renegó del cristianismo y se declaró contra los cristianos, pero no contra sus ideales. Intentó por todos los medios revivir los viejos cultos paganos, pretendiendo que en sus templos se ejercieran las mismas actividades de caridad que distinguían a los cristianos, al tiempo de perseguirlos por todos los medios, incluidas campañas de injustas calumnias. Puesto que esas cosas dependen de la fe y no de la simple buena voluntad, fracasó. Nuestros políticos e ideólogos que buscan implantar un cristianismo sin Cristo nada tienen de originales, aunque se sientan genios al hacerlo. En su loco afán califican de julianitos y poco más.

Jesús de Nazaret sabía que las persecuciones eran inevitables. No sólo lo advirtió, fue el primero en sufrir las consecuencias y derrotar de manera contundente a sus perseguidores. Sobre la base de su experiencia personal ideó la más sorprendente estrategia de resistencia y contraataque en cuatro movimientos.

Primero. Fidelidad al modo de ser Iglesia que Jesús mismo indicó. Como han señalado Benedicto XVI y Francisco, éste consiste en celebrar el amor de Cristo en la liturgia y los sacramentos; dejarse provocar por su Palabra y; actuar mirando siempre a la persona. Si no se dan los tres momentos, la evangelización se torna imposible o, peor aún, se confunde con un programa político.

Segundo. Vivir en clave de bienaventuranza. No esperar el momento heroico, reservado a los mártires, sino vivir como bienaventurados en lo más cotidiano de nuestra existencia. Siempre hay ocasión para ser pobres de espíritu, humildes, consoladores, compasivos, de corazón limpio, porque siempre es momento para trabajar por la paz, con hambre y sed de justicia, por ejemplo, en la chamba y la familia.

Tercero. Amar a los enemigos y poner la otra mejilla (aquí empieza uno a sudar). Amar no es negar la enemistad, sino entender y luchar por medios que dignifiquen a las personas para que se haga justicia. Por eso es necesario poner la otra mejilla -que no es jugar al buenazo-, para llamar a la razón a quien nos ofende y actuar en consecuencia.

Cuarto. Aceptar nuestra condición de fragilidad y pecado. En el camino seguro pecaremos; pero mucho más seguro es que Jesús ahí estará para mirarnos con misericordia, levantarnos y enviarnos una vez más a anunciar la Buena Nueva.

EL DERECHO A LA VIDA Y EL ESCÁNDALO DE LOS CRISTIANOS

Escrito por Jorge E. Traslosheros.

Tres son los derechos capitales: la vida, la justicia y la libertad. Una vez comprometido el derecho a la vida, los otros dos se tornan quebradizos.

Afirmar el derecho a la vida de cada ser humano, desde el primer principio hasta la muerte natural, se ha convertido en un escándalo. Quien se atreva, debe esperar una muestra colorida de adjetivos (des)calificativos, entre ellos, reaccionario, oscurantista, ultraderechista. Lo único que no escuchará son razones válidas.

Promover la vida y dignidad de las personas es algo tan propio de los cristianos, que ya es factor de identidad y motor de sus acciones en la sociedad. Y si bien ha estado muy presente en la historia de la Iglesia, ahora se ha convertido en uno de los ejes rectores del Magisterio pontificio. No es diría Maritain, el cristianismo es un humanismo integral. No es un problema de dogma religioso, mucho menos de rigorismo ético, sino de razonabilidad en la propuesta cultural. un asunto moralista, mucho menos de geometría política, sino de compromiso con la humanidad. Como

No es razonable que, por ejemplo, los diputados autodefinidos como progresistas se nieguen a proclamar el derecho a la vida de los seres humanos en la Constitución de la CDMX, mientras se regodean porque algunos animales pudieran ser protegidos por la ley. Lo segundo, sin lo primero, evidencia un proceso grave de deshumanización en la cultura y la política. ¿Acaso un perrito, por lindo que sea, tiene más valor que un ser humano en el vientre materno? Si el derecho a la vida no es respetado como inherente a cada ser humano, entonces la defensa de cualquier otro derecho se tambalea. Si de manera clara, explícita e inequívoca el derecho a la vida no es reconocido, entonces quien detenta el poder se torna en amo y señor de la vida de las personas. Estamos ante una seria fractura en la conciencia de nuestro tiempo, ante un proceso de deshumanización que los cristianos debemos denunciar, por escandalosa que nuestra voz pudiera resultar.

Mis hermanos de rancio abolengo liberal harían muy bien en detenerse un momento a reflexionar con calma el derecho a la vida. La historia demuestra que, sin importar cuánta buena voluntad o bellas palabras se inviertan en la elaboración de estas leyes, su práctica prospera en las vertientes autoritarias de la sociedad y la política. Quienes las implantan y promueven, más temprano que tarde acaban por traicionar la libertad que decían defender.

Los ejemplos podrían multiplicarse; pero hay uno de reciente factura que debe llamar a reflexión. En Francia, el poder legislativo está por aprobar, si no es que ya aprobó, una ley que criminaliza la opinión contraria a la práctica del aborto, sin importar el medio por el cual lo hagan, sea presencial o virtual, público o privado. Lo patético es que se ha presentado como un triunfo de la libertad mientras que, quienes dicen defenderla guardan silencio o voltean para otro lado. Prefieren colaborar con la destrucción de uno de los pilares de la democracia, como es la libre expresión de las ideas, antes que ser acusados de incorrección política.

Mis amigos liberales harían bien en revisar estos asuntos con calma pues, me queda claro, están comprando la manzana envenenada del autoritarismo. No pido que lean a mis filósofos y teólogos, sino que acudan a las aguas refrescantes de la crítica liberal, desde el mismo liberalismo. Pienso, por ejemplo, en Hannah Arendt.

Para nosotros, los cristianos, el compromiso nace del testimonio de Jesús de Nazaret, la persona más radicalmente razonable que ha conocido la humanidad. No hace falta creer en su divinidad para reconocerlo. Gandhi, por ejemplo, no tuvo problemas en aceptarlo.

Es momento de preguntarnos, ¿cómo es posible que las palabras “derecho a la vida” causen terror entre los legisladores, al grado de negarse a incluirlo en una constitución que se dice liberal y progresista? ¿Su temor a la vida es tan profundo y su compromiso con la muerte tan inquebrantable? ¿Tan obnubilados están con la ideología que se han olvidado de las personas? ¿Tanto miedo nos tienen a los cristianos que exigen nuestro silencio y el sometimiento a su capricho? ¿A qué le temen?

Tres son los derechos capitales: la vida, la justicia y la libertad. Una vez comprometido el primero, el más importante, los otros dos se tornan quebradizos. La historia no miente. Los regímenes autoritarios, en su lenta formación, siguen el mismo orden, primero la vida, después la justicia y la libertad. Esta es su gramática. El único y seductor lenguaje que entienden.

<http://voxfides.mx/columnas/2336-otra-mirada-sobre-trump>

OTRA MIRADA SOBRE TRUMP

Escrito por Jorge E. Traslosheros.

Lo que realmente debería preocuparnos no es lo que haga Trump, sino la confusión que existe entre la clase política mexicana, la partidocracia dominante.

Lo acepto. No soy especialista en relaciones internacionales. Mi opinión sobre el fenómeno Trump, en relación con México y la Iglesia, debe tomarse como un atrevimiento digno de reprobación. No obstante, ahí voy.

1.- Trump es un barbaján, cierto; pero también es un político astuto y eficaz, si entendemos por esto la capacidad de acceder al poder y redistribuirlo acorde a ciertos intereses. Desde los primeros días de gobierno está cumpliendo sus promesas de campaña. Nadie puede llamarse a sorpresa.

2.- En relación con México, siempre ha puesto dos asuntos sobre la mesa: cambios en la política migratoria y en las reglas del intercambio comercial, cuyos íconos son el famoso muro y el TLC. Fronteras y comercio. Lo dijo durante la campaña y lo opera como presidente. ¿Alguien esperaba algo diferente?

3.- Lo único desconcertante es la turbación que esto produce entre nuestra clase política, especialistas y comentaristas. En mi opinión, lo que realmente debería preocuparnos no es lo que haga el Gobierno de Trump y Trump, sino la

confusión que existe entre la clase política mexicana y con esto quiero decir la partidocracia dominante. Los partidócratas parecen más preocupados en dar declaraciones ruidosas y patrioterías, que en generar una propuesta clara y creíble. En lo personal, me parece un exceso pasarle la factura solamente al gobierno de Peña Nieto. Tiene a su mejor hombre en la Cancillería, el único que entendió por dónde venían los tiros. Su presencia me permite otorgarle el beneficio de la duda.

4.- La factura hay que pasársela también a la clase política mexicana la cual, carente de imaginación, se durmió en el mullido colchón del incontestable triunfo de Hillary Clinton. Apostaron y perdieron. ¿Ese era realmente su único plan de acción? Por increíble que parezca, así es. Para mí, ésta es una prueba más de la impresentable partidocracia que nos domina.

5.- Ahora hablaré de lo que sí conozco. Trump representa un reto muy interesante para la catolicidad. Está cumpliendo dos promesas centrales de su campaña, las cuales le valieron el apoyo de importantes sectores de la sociedad civil, católicos incluidos: defender el derecho a la vida y la libertad religiosa, como libertad capital de la cual depende la viabilidad de cualquier régimen democrático. Así, ya retiró los fondos públicos para promover el aborto dentro y fuera de Estados Unidos y le está quitando el dinero a Planned Parenthood, la principal agencia abortista del mundo. El siguiente paso, inminente, será cambiar la correlación de fuerzas dentro de la Suprema Corte de Justicia de Estados Unidos, nombrando jueces capaces de defender el derecho a la vida, la libertad religiosa y las libertades básicas de expresión y asociación que hacen posible el libre juego democrático.

6.- Sin embargo, al mismo tiempo, existen fuertes diferencias con la Iglesia Católica en torno a la defensa de los migrantes y el derecho a la salud. En lo primero, el episcopado de Estados Unidos estaba preparado para dos escenarios distintos. Días después de la elección presidencial se llevaría a cabo la votación para renovar la dirigencia de su Conferencia Episcopal (USCCB). Si ganaba Clinton, elegirían especialistas en temas de vida y libertad religiosa; si ganaba Trump, pondrían en el centro los asuntos de migrantes y refugiados. Actuaron en consecuencia y están metidos en el juego. Por fortuna, los vasos comunicantes entre el episcopado de allende la frontera y el nuestro son numerosos, si bien están fuera del radar de los medios de comunicación. En cuanto al derecho a la salud, la petición de los católicos es mantener un programa amplio de acceso, sin violentar la libertad religiosa y de conciencia como sí lo hacía el Obamacare. La política propuesta por Trump de “rechazar y reemplazar” parecería incluir esta demanda. Veremos.

7.- Un asunto me queda claro. La Iglesia ha sabido esperar, prever y actuar al mismo tiempo. En reciente entrevista, el periódico español El País preguntó al Papa Francisco su opinión sobre Trump. Obvio, buscaban una declaración escandalosa, de confrontación; pero Francisco hizo gala de sabiduría. Pidió esperar las acciones concretas de su Gobierno y denunció la estupidez de construir muros, en lugar de tender puentes.

Si yo fuera un versado analista en temas internacionales, lo que en manera alguna soy, observaría con detenimiento y sin prejuicios los pasos de la Iglesia Católica desde Roma, hasta Tingüindín, pasando por Bridger Creek Road. El arte de tender puentes y denunciar muros sin concesiones, ni prisas, ni pausas.

LA PÍCARA SONRISA DE JOSEPH RATZINGER

Escrito por Jorge E. Traslosheros.

En el libro “Últimas conversaciones”, una larga entrevista de Peter Seewald a Benedicto XVI, el Papa emérito se muestra tal y como es.

Me devoré de un bocado el último libro del Papa emérito Benedicto XVI, titulado “Últimas conversaciones”. Una vez más Peter Seewald, su periodista de cabecera, nos sorprende con una larga entrevista que, junto con “La Sal de la Tierra”, “Dios y el Mundo”, y “La Luz del Mundo” dibujan etapas decisivas en la vida de Joseph Ratzinger. Estos cuatro libros, más su autobiografía, configuran algo así como sus confesiones, es decir, el testimonio del amor, la fe y la esperanza que lo han movido a lo largo de su larga y fructífera existencia.

Según ha explicado Seewald, la obra es un poco resultado de la casualidad. Un día fue a visitar al Papa emérito con la intención de amarrar algunos cabos sueltos en la preparación de su biografía; pero la conversación fue tan interesante que acabó publicándose como libro. El resultado es una entrevista más personal e íntima que las anteriores, si esto es posible porque la franqueza y la apertura son las características distintivas de Ratzinger. Se deja ver un Joseph tranquilo, alegre, agudo. Un hombre que, como dice aquella canción latinoamericana de mis preferencias, habría lanzado al sol tanta esperanza que cruzará sin pena de una rivera a otra.

En la conversación se hace recuento de los días y motivos de su renuncia, los años de su niñez y de la guerra, sus tiempos de estudiante, seminarista y profesor universitario, su amistad con las más distintas personalidades, sus vivencias como arzobispo, cardenal, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, hasta su experiencia en el ministerio de San Pedro. Cierra el libro un breve capítulo en el cual habla de su vida actual, en preparación del anhelado momento de mirar el rostro de Dios. La entrevista es conmovedora.

Ahora bien, para mí, lo más importante es que me ha permitido comprender un misterio de la vida de Ratzinger, quiero decir, esa pícara sonrisa que le ha acompañado desde su niñez.

Debe saber el querido lector que, sobre mi librero preferido tengo las fotografías de los Papas Francisco y Benedicto. La del Papa Ratzinger me parece muy divertida. Está revestido con el hasta hace muy poco atuendo típico de los papas; pero tiene la expresión de un niño travieso, en cuyo rostro se dibuja una leve y pícara sonrisa. El gesto no es accidental, pues suele encontrarse en no pocas de sus fotografías. En este retrato “oficial”, tiene la expresión de un niño a quien su padre le acaba de poner un elegante trajecito para ir a un evento importante y, así vestido, se muestra divertido con su atuendo. Sabe que ocupará un lugar destacado en la función; pero no se lo toma con solemnidades.

En la entrevista queda claro que Ratzinger sabe que él ha sido un testigo destacado de nuestro tiempo y que ha ocupado posiciones de influencia e importancia, pero también que nunca se ha tomado a sí mismo muy en serio. Siempre se ha considerado un “humilde siervo en la viña del Señor”, como se presentó ante la multitud el día de su elección como Papa; un simple “colaborador de la verdad”, como reza su lema episcopal y pontificio.

Al terminar el libro comprendí que, en esta fotografía, Benedicto se muestra tal y como es. Metido en su traje pontificio, le sonrío a Dios del mismo modo en que lo hace un niño ante su padre: con gozo, humor y una pizca de complicidad. Bien dicho está: “de los humildes y los sencillos se vale Dios para escandalizar al mundo”. Son los detractores de Ratzinger quienes lo han querido llenar de solemnidades, esas que él mismo rechazó. También me queda claro cómo, después de Benedicto, era apenas lógico que le sucediera Francisco. Obvio, en la lógica de Dios.

Ratzinger ha sido una presencia decisiva en mi vida, a pesar de haberme dejado envolver, durante años, por el engaño tejido en su contra por la conseja mediática. Su vida es una invitación a dejar que Dios sea Dios, a caminar confiados en el seguimiento de Jesús porque siempre estará con nosotros. Y nos lo dice con esa pícaro sonrisa de niño travieso que engalana muchas de sus fotografías, de manera especial ésta que tengo frente a mí y que ahora vuelvo a colocar junto a la del Papa Francisco.

<http://voxfides.mx/columnas/2443-la-iglesia-catolica-ante-la-tesis-nacional>

LA IGLESIA CATÓLICA ANTE LA CRISIS NACIONAL

Escrito por Jorge E. Traslosheros.

¿Cómo podemos colaborar los mexicanos a la solución de la profunda crisis de humanidad que padece el país, que se traduce en violencia, corrupción e impunidad?

Los mexicanos estamos sumidos en una profunda crisis de humanidad. Así en los grandes acontecimientos, como en la vida cotidiana, sentimos el peso de la violencia, corrupción e impunidad. El pesimismo nos muerde con fiereza y las alternativas de solución parecen ausentarse. Los católicos no podemos pasar indiferentes. ¿Cómo colaborar a la solución de los problemas? Como laico del común, católico de a pie y ciudadano del montón, comparto algunas reflexiones.

1.- Cuando hablamos de la Iglesia Católica nos referimos a dos realidades convergentes. Primera, la Iglesia somos todos los católicos, tibios y comprometidos, racionales y apasionados, contemplativos y activistas, obispos, religiosos y laicos, todos. Segunda, los católicos somos mexicanos de pleno derecho, ciudadanos con la responsabilidad de colaborar decisivamente en la construcción del bien común. ¿Cómo podría intentar ser un buen cristiano sin trabajar para ser un virtuoso ciudadano?

2.- Nadie tiene el monopolio del mexicano por excelencia, a pesar de que los políticos se consideren a sí mismos epítomes de la mexicanidad. Los católicos sólo tenemos una propuesta fincada en la esperanza, esta rara virtud sin la cual sería imposible generar un diálogo capaz de construir una cultura llena de humanidad.

3.- La participación cívica de los católicos jamás podrá realizarse renunciando a la propia identidad. Negarse a dar razones de nuestra fe, en aras de una tolerancia mal entendida, es colaborar con la cultura del descarte, con el desprecio a las personas. Ahora bien, estas razones deben articularse con sencillez, humildad y alegría, abiertos al encuentro, con plena conciencia de nuestra condición de pecadores esperanzados.

4.- La misión de la Iglesia es anunciar el Evangelio de la esperanza, a la cual sólo podemos sumarnos como personas únicas e irrepetibles. Dios nos ha dado ciertos carismas y talentos que es menester poner al servicio de nuestro prójimo, empezando por el más cercano. Cuando se pierde la dimensión personal del carisma, entonces nos volvemos víctimas fáciles de las ideologías. Dejamos de actuar con solidaridad, nos movemos por consignas y olvidamos al ser humano de carne y hueso.

5.- Esas tareas tan personales deben decidirse en oración, frente a Dios, con claridad de conciencia, en libertad y siempre dentro de la dimensión comunitaria. La oración personal, en comunión con la Iglesia, nos salva del voluntarismo que deriva en pesimismo y en la distorsión de la fe. El voluntarismo es el rostro cotidiano de la soberbia. Nadie puede hacerlo todo por sí mismo. Sólo podemos avanzar en comunión y con humildad.

6.- El llamado de Dios es a la santidad. Una palabra hoy profundamente contracultural, satirizada, satanizada y ridiculizada, porque la santidad está en las antípodas de la cultura del descarte, entre cuyas características encontramos el narcisismo militante. Es importante recordar, entonces, que la santidad no es un estado de iluminación ética, mucho menos de predestinación divina reservada a unos cuantos elegidos, capaces de distinguir de manera inmediata entre el bien y el mal, para actuar de manera correcta sin titubeos. Eso no existe.

7.- La santidad es el camino a través del cual buscamos a Dios y nos dejamos encontrar por él. Al recorrer este camino nos encontramos con otros seres humanos a quienes, con esta nueva mirada, reconocemos como hermanos a los cuales servir y, también, descubrimos la belleza de la creación de la cual somos custodios. Así, buscar a Dios, dejarse encontrar por él, encontrar hermanos y apreciar la belleza que nos rodea son hechos convergentes que suceden constantemente, con diferente intensidad según las circunstancias.

8.- La santidad es un camino que sólo y únicamente puede ser recorrido por los pecadores, por la sencilla razón de que son los predilectos de Dios. Los puros, los probos, los que nunca se equivocan, los que pueden prescindir de los demás en virtud de su estado de pureza ética son incapaces de recorrerlo porque ya son Dios para sí mismos. Y quien no le reza a Dios, le reza al diablo; en este caso, al diablo de Narciso.

9.- Los católicos somos un pueblo que camina en la historia, dentro de realidades muy concretas, personales, familiares, comunitarias, parroquiales, sociales, etc. Un pueblo capaz de mirar al gran horizonte trascendente de la historia, al tiempo de actuar aquí y ahora, de cara a cada uno de nuestros hermanos. Caminar en busca de Dios, en comunidad, nos regala una mirada distinta, de esperanza, que es necesario compartir. Seguiremos la próxima semana.

@voxfides
redaccion@yoinfluyo.com
@jtraslos
jtraslos@unam.mx

<http://voxfides.mx/columnas/2452-el-catolico-ciudadano-y-el-estado-laico-en-mexico>

EL CATÓLICO CIUDADANO Y EL ESTADO LAICO EN MÉXICO

Escrito por Jorge E. Traslosheros.

Estoy plenamente convencido de que los esfuerzos por ser un buen cristiano están vinculados necesariamente a la virtud ciudadana.

Estoy plenamente convencido de que los esfuerzos por ser un buen cristiano están vinculados necesariamente a la virtud ciudadana. Este hecho nos obliga, en un primer momento, a reflexionar sobre nuestra relación con el Estado laico.

1.- En México ninguna religión forma parte del Estado. Esto quiere decir que las iglesias son parte de la sociedad civil. Necesitamos un Estado laico porque la sociedad no es laica, sino plural y diversa. Quien diga que la sociedad es laica falta a la verdad, o no sabe lo que dice.

2.- Un auténtico Estado laico no debe oponerse a ninguna religión, ni poner límites a los derechos de los ciudadanos que se identifican con alguna Iglesia. En México, si bien hay avances, todavía no conocemos lo que es realmente vivir dentro de un Estado laico. Existen limitaciones ciertas al ejercicio de la libertad religiosa y perméa un ambiente de persecución de baja intensidad. No es culpa del Estado laico como tal, sino de quienes lo manipulan para favorecer su agenda cristianofóbica.

3.- El apotegma que mejor describe la sana relación entre sociedad y Estado viene del Evangelio. Un día los fariseos le pusieron una trampa a Jesús. Le preguntaron si era legítimo pagar tributo al César, entonces Jesús respondió con una frase que ha sido siempre el quebradero de cabeza del poder: dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

4.- La frase se ha interpretado de manera tramposa para descalificar la participación de los cristianos en la vida civil pues, se dice, no deben meterse en los asuntos públicos. La frase debe interpretarse de manera integral. Quiere decir, cierto, que las cosas del César no son de Dios, pero también que las cosas de Dios no son del César; y la vida, dignidad y libertad de las personas son de Dios. Entonces, el Estado no debe imponer condición alguna a la libertad religiosa de los ciudadanos porque el César no es Dios.

5.- Un auténtico Estado laico, para subsistir y desarrollarse, necesita de dos elementos convergentes: un régimen democrático y el respeto a los derechos humanos, entre ellos la libertad de religión. Esta libertad no es una concesión graciosa del Estado, sino un derecho humano fundamental cuyo ejercicio pertenece única y exclusivamente al ciudadano. Al Estado le corresponde respetarlo, protegerlo y promoverlo, como debe hacerlo con los demás derechos.

6.- Una democracia será tan sólida como fuertes sean los cuerpos intermedios de la sociedad, entre ellos las familias, iglesias, medios de comunicación, colegios, universidades, sindicatos, asociaciones profesionales y un largo etcétera. Estos cuerpos son la única garantía de autonomía de los ciudadanos frente al poder del Estado. La obsesión de los políticos por controlar a los ciudadanos sólo puede ser contrarrestada por una sociedad civil fuerte. Sin esto no hay futuro para la democracia en México. En esta lógica, la defensa de la familia no es un asunto moralista, sino una condición necesaria para el sano desarrollo integral de las personas y la sociedad.

7.- Necesitamos devolver a los derechos humanos su más profundo significado, para salvarlos del capricho de los ideólogos de la cultura del descarte que los reducen a un simple instrumento del poder. Su fuerza y sentido están en la persona misma, nunca en el Estado. Como discípulos de Cristo conocemos el valor de la vida y dignidad de cada persona, en cada momento de su existencial, lo cual desborda cualquier geometría política. Por ejemplo, defender al migrante y los indígenas es parte de la misma batalla contra la pobreza, a su vez impensable sin denunciar las mentiras del aborto, la eugenesia y la eutanasia. La geometría política ideologiza la fe y cuadrícula el pensamiento.

8.- Hoy, cuando las ideologías suplen la realidad, la opinión distinta es perseguida y el pensamiento único amenaza con lastimar nuestra sana pluralidad y diversidad; la defensa del auténtico Estado laico es tarea primordial de cada católico, empezando en la familia y los centros de trabajo. En México, el Estado laico es condición necesaria de nuestra libertad como cristianos y ciudadanos.

9.- Para dar la buena batalla es indispensable el cotidiano encuentro con Jesús en la oración, personal y comunitaria, en la casa, la calle y las iglesias. Sólo así podremos desterrar los temores que nos han sido inoculados por generaciones, hasta convertirnos en católicos vergonzantes, en cristianos de corazón entumecido. Seguiremos con nuestras reflexiones.

Escrito por Jorge E. Traslosheros.